

ABC Cultural, 1 de junio de 2002

FOTOGRAFÍA

Arte

La poética del cuerpo

Helena Almeida

Galería Helga de Alvear, Madrid, C/ Doctor Fourquet, 12
De 7.000 a 69.000 euros. Hasta el 30 de junio

La pregunta que nos ocupa es y seguirá siendo, pues, cómo habitamos nuestro cuerpo/espacio de acuerdo con las diferentes dialécticas que gobiernan nuestras vidas. Alguna pista nos facilita el filósofo francés Gaston Bachelard en *La poética del espacio* que nos permite centrar esta cuestión, si bien refiriéndose en su caso a la «casa», ese otro cuerpo que tantas veces nos ha albergado y que tantas veces soñamos habitar: «¿Puede desprenderse una esencia íntima y concreta que sea una justificación del valor singular de todas nuestras imágenes de intimidad protegida? He aquí el problema central».

Bien podríamos decir, haciendo uso de un término más reciente, que para Helena Almeida su cuerpo es su *software*. Pues desde hace más de 30 años, Almeida (Lisboa, 1934) viene gestando una amplia serie de imágenes en las que el (propio) cuerpo y el espacio en el que se halla inmerso son cuestionados para forzar y forjar una comunicación entre ambos que lleve al espectador a reflexionar acerca de la representación y su articulación. Y en este más que logrado intento, Almeida anticipa con sus propuestas muchos de los temas que aún siguen preocupando al arte: el cuestionamiento del cuerpo, el autorretrato fotográfico, la interdisciplinariedad o el gesto pictórico trasladado a otros soportes.



Detalle del diptico *Seduzir* (2002)

A la galería Helga de Alvear, Almeida ha traído una veintena de fotografías pertenecientes a la serie *Seduzir* y *Dentro de Mim* que resumen de manera clara su trayectoria artística. Formada como pintora, la obra de Almeida abarca desde el *performance*, la pintura, el vídeo o la fotografía, que es al fin y al cabo el formato preferido por la artista para presentar su obra. Unos primeros planos de las manos y los pies de la artista, tan pronto vista de espaldas recreando una postura determinada, un alambre que surca sus piernas o caminando en círculo sobre pigmento, dejando sus huellas en el suelo, Almeida acude a la poética del cuerpo para hablarnos de soledad e incomunicación, en definitiva, de la absurdidad de nuestras existencias. Para ello utiliza una economía de medios sorprendente, crea escenas secuenciales de manera cinematográfica, en las que el gesto y la postura, unidas al uso del color –el azul, el rojo, el negro–, se erigen en metáforas elegantes de reminiscencias ritualísticas y un punto obsesivos.

Realidad-ilusión –aspecto que sale a flote particularmente en las fotografías pintadas, donde el trazo parece preceder a la propia fotografía–, objeto-sujeto, interior-exterior, todo confluye de manera fluida en una puesta en escena que plantea los grandes interrogantes de la vida y la muerte de manera original, personal y sin grandes aspavientos. Porque, al fin y al cabo, el cuerpo, parafraseando a Bachelard, sigue siendo «nuestro rincón del mundo».

Paco Barragán

Entre el cielo y el suelo

Hannah Collins

G. Javier López, Madrid, C/ Manuel González Longoria, 7
Hasta 10.000 euros. Hasta el 31 de julio

HANNAH Collins es una creadora referencial que, influida por las poéticas minimalista y conceptual, ha desarrollado una densa obra en la que es decisiva la experiencia del viaje, en la que introduce una visión casi cinematográfica, secuencias detenidas en las que la atmósfera silenciosa tiene, sin embargo, entretejidos deseos hondos y anhelos poéticos. Recuerda sus potentes imágenes de Silesia, aquellos paisajes industriales en los que se hacía manifiesta la ausencia de la figura humana. Tan sólo el frío y las geometrías de la técnica, la nieve y el cielo encapado con resonancias al sacrificio de la Naturaleza que filmara magistralmente Tarkovski.

Ahora, como continuación de la serie *True Stories* que presentara por primera vez en 1996 en la galería Leo Castelli de Nueva York, fotografía Madrid desde algunas azoteas. Esa visión aérea de la ciudad revela, más que la trama racional, lo caótico, en una suerte de dimensión casi escultórica, que con certeza asocian a posiciones artísticas como las de Matta-Clark o la idea de monumento fotográfico accidental que Smithson formulara desde su *tour* en Passaic. La geometría rota de los edificios, con el ángel de «Metrópolis» en la confluencia de Gran Vía y Alcalá, está tensada en la relación de la masa urbana con los cielos de vivísimos colores. Collins rompe con el pintoresquismo o con la visión anecdótica para subrayar, más que lo verdadero, la dimensión del artificio, en ese cromatismo que tiene algo de proyección emocional.

En *La poética del espacio*, habla Bachelard del ascenso a la azotea, hacia el territorio de la ensañación, donde quedamos, provisionalmente, a la intemperie. Allí la mente no sólo atiende al paisaje del afuera; es



Fotografía en color de la serie *True Stories* (2002)

común que los pensamientos descendían a los conflictos emocionales, escarban en pos de recuerdos ambiguos. C. Legallais señaló, a propósito de la extraordinaria serie *The Hunter's Space*, que en la obra de Collins, entre la temporalidad y la espacialidad, surge un reflejo espectacular: «Gracias a esta temporalidad particular, la artista distiende un universo de "inquietante extrañeza", de "worldwide homesickness", según ella, y recrea paisajes planetarios entre la pérdida y la fusión». El relato metropolitano, como el que surge al volver del viaje, en una reconstrucción de la distancia y del anhelo de volver a conseguir un contacto con el suelo. Las fotografías en blanco y negro

que presenta en esta magnífica exposición contraponen a lo abierto de la ciudad aérea (la infinitud filtrada en colores que introducen más armonía que rareza), la invisibilidad de aquello que está caído por tierra. Por ejemplo, un ramo de rosas, fotografiado en blanco y negro, dejado en el suelo, como una imagen sin verbalización de la melancolía o el rastro de un desencuentro amoroso. Sublimidad y *vanitas*: territorialidad fronteriza que define a un sujeto que quiere contar su itinerario de otra manera, con un lirismo extraordinario –vale decir, de nuevo– intempestivo.

Fernando Castro Flórez